

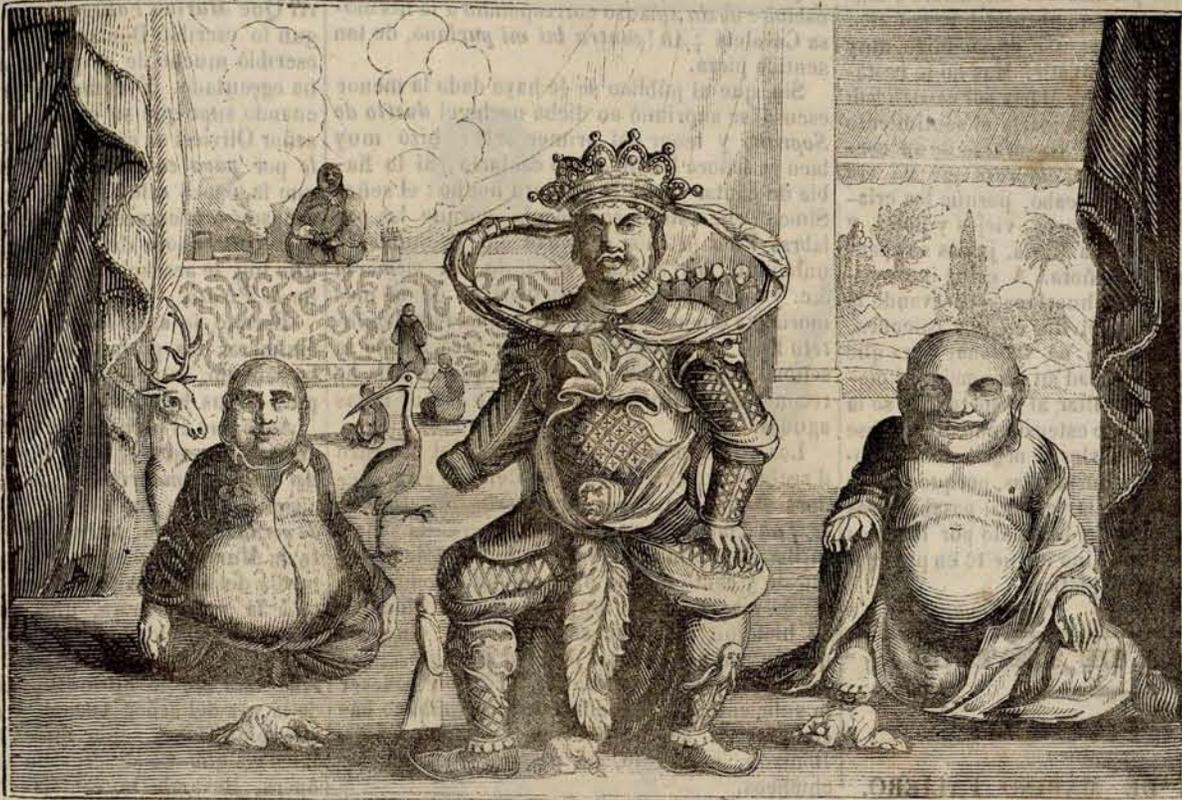
REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 86.

MADRID 25 DE MARZO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



IDOLOS DE LA CHINA.

MARIA,

6

EL TUTOR Y LA HUERFANA.

A mediados del siglo XVII vivía en la ciudad de Granada un caballero llamado don Pedro del Rosal, descendiente de una de las mas nobles y ricas familias de España; y ademas del caudal heredado de sus padres, poseía muchos bienes que habia juntado en América. Era viudo, y solo tenia un hijo en quien cifraba todas sus esperanzas y á quien profesaba un cariño que rayaba en idolatría. Don Blas, que este era su nombre, tenia buena presencia aun cuando en la expresión de su fisonomía, que no carecía de belleza, se notaban ciertos rasgos repugnantes y poco simpáticos. Era disipado y pendenciero, valiente rayando en temerario, antojadizo como valiente, y tan acostumbrado á cumplir su gusto que la menor contradicción le ponía fuera de sí. Afortunadamente para los designios que maduraba don Pedro, la disipación de su hijo era una circunstancia favorable, y lejos de combatir sus inclinaciones, daba pábulo á ellas, no escaseándole los medios de realizar los mas extravagantes proyectos, con tal que no se fijara en una idea seria que encadenase para siempre su voluntad.

Don Pedro se proponía enlazar á don Juan con la hermosa doña Maria de Céspedes, huérfana de padre y madre, y cuya tutela le fué encomendada por aquel, al tiempo de fallecer. Doña Maria solo contaba quince años al morir sus padres, y educada en un convento, no tenia el menor conocimiento del mundo. Trasladada á casa de don Pedro, limitada á su habitación y sin otra compañía que la de una doncella entrada en años y que casi debiéramos llamar dueña, no habia hecho mas que variar de clausura.

Respetaba á su tutor por deber y gratitud, y miraba al hijo de este con la mayor indiferencia, porque su corazón no le habia revelado todavía la existencia de sensaciones mas fuertes que las de la amistad. La vida de doña Maria se asemejaba á la de todas las jóvenes recatadas y honestas de la época, á quienes padres rígidos ó tutores severos solo permitían salir á misa muy de mañana y tapadas con el manto; la lectura de libros sagrados y las labores de aguja que podían hacer menos pesadas las horas de continua soledad.

Pero todas las precauciones para esconder los tesoros de hermosura que encerraban las nobles casas de nuestros antepasados, eran otros tantos alicientes para que la juventud de entonces pusiera todo su conato en hacerlas estériles, siendo tan frecuentes las citas, coloquios y trapiuchos amorosos, como lo son hoy día, con la diferencia que ahora las mugeres aventuran menos y no tienen necesidad de faltar á sus deberes para llenar las condiciones impuestas por la naturaleza.

Transcurrió un año sin que don Pedro manifestase sus intenciones ni á doña Maria ni á su hijo: en la primera no pensaba hallar resistencia, porque creyéndola libre de todo afecto aceptaría la boda sin titubear: y como la dote de su pupila ascendía al duplo del caudal que habia de dejar á su heredero: juzgó que este se apresuraría á unir su suerte á la de una muger que reunía tres condiciones difíciles de encontrar juntas: hermosa, riqueza y horfandad. Don Pedro calculaba como hombre de juicio: el amor con sus locuras vino á destruir los fundados cálculos del anciano.

Las ventanas del cuarto de doña Maria daban al jardín, pero las tapias de este no eran tan elevadas que impidiesen dar vista á los balcones de otra casa fronteriza que ocupaba la calle que caía á la espalda de la de don Pedro. Aquellos balcones por muchos años cerrados, se abrieron un día, y á ellos se asomó un joven de gallarda

presencia, quien despues de echar una mirada escrutadora á su alrededor, vino á fijarse en la ventana de su vecina, cuya hermosura pregonaba la parlara fama, y cuya reclusion era tan estrecha como la regla de un austero convento. Miró el joven por largo tiempo á doña Maria, que á la sazón se ocupaba en regar un tiesto de violetas, su planta favorita, y la niña como avergonzada al verse objeto de tan seguida contemplación se retiró confusa, aunque llevando en su pecho la enfermedad que mas tarde habia de desarrollarse con el trato y la esperiencia.

El lector deseará conocer quien era el joven del balcon, y como se hallaba en aquella casa, cuya clausura hemos apuntado: su exigencia es muy natural y nos proponemos satisfacerla. Don Felipe de Zúñiga era el dueño del edificio, abandonado por muchos años, á causa de que su propietario con toda su familia residía en la corte agraciado por S. M. con un honorífico cargo cerca de su persona. Tenia don Felipe un hijo llamado don Carlos, que destinó al servicio de las armas; y el joven que tenia brios, ascendió en pocos años al grado de capitán por servicios señalados y no recompensas del favor. Un duelo le obligó á salir de la corte, y mientras sus deudos arreglaban el asunto, pasó á Granada donde le fué facil hallar amigos, diversiones y entretenimiento, pues era joven, gastaba buen humor, tenia bien herrada la bolsa y bien merecida fama de dadivoso.

Entre sus nuevos camaradas contábase don Blas del Rosal, y de su boca supo que su padre tenia una pupila llamada doña Maria, portentosa de hermosura, pero que no habia hecho impresion en el liviano pecho del hijo del caballero, porque no se pagaba de pudibundas bellezas, sino de la desenvoltura, de las cortesanas de su fruto habitual.

Fueron vanas cuantas diligencias practicó don Carlos para ver á doña Maria, hasta que acordándose de la antigua casa de su padre que

permanencia cerrada, resolvió abandonar la posada donde vivía y alojarse bajo el techo de sus antepasados, cuyas ventanas pudieran dar salida á sus deseos y entrada á sus esperanzas.

El acaso favoreció su intento, pues la primera vez que puso en práctica su designio, tuvo el gusto de admirar la hermosura de doña Maria; pues ni la distancia era considerable, ni los jóvenes de aquella época tenían necesidad de anteojos como los de esta raquí-tica y degenerada que alcanzamos.

No hay que decir que quedó prendado de su vecina, y su mente no comprendía como don Blas había podido permanecer insensible á tantos encantos, bien que congratulándose por ello, pues un rival dentro de casa es enemigo muy difícil y temible de combatir. Mas no le bastaba á don Carlos ver á doña Maria por casualidad; necesitaba hablarla, participarle el sentimiento que le había inspirado y asegurarse de su correspondencia ó desprecio, empresa que no era muy sencilla de llevar á cabo, porque los criados de don Pedro eran pocos, viejos y fieles, y Juana la doncella de doña Maria, jamás se apartaba del lado de la señora. A estos inconvenientes se unió que la huérfana, observando la perseverancia del doncel fijo en sus balcones, resolvió no mostrarse á su ventana, para que no se tomase á liviandad su presencia, ni diera pretexto al joven á faltar al respeto que se la debía; pero no porque no ostensiblemente huyese de las miradas de don Carlos se negaba á la curiosidad de considerarle á hurtadillas, porque por un resquicio del marco de la ventana, pasaba horas enteras contemplándole y bebiendo por los ojos el veneno que despues vino envuelto en profundos billetes y sabrosas pláticas.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

CIRCO.

REPETICION DE MARINO FALIERO.

ARTICULO SEGUNDO.

Ayer me ocupé en probar las inexactitudes del párrafo publicado en *El Pirata* de Milan y remitido desde Madrid segun se colige de la fecha y de otras circunstancias: hoy me toca esponer ante el público Madrileño lo que sucedió en la noche del último martes en cuanto á la repetición de *Marino Faliero*.

Para cuatro partes principales escribió Donizetti esta ópera, á saber: para Bajo, Barítono, Soprano y Tenor. Si conseguimos aplicar las respectivas cuerdas ó estensiones que estas partes tienen en la partitura á las facultades de la señora Barilli y á las de los señores Sinico, Anconi y Olivieri, obtendremos el resultado siguiente. La parte de *Elena* encerrada en la estension regular de Soprano, de mas melodia sostenida que ejecutiva, con rasgos repentinos de furor seguidos inmediatamente de aquella melancólica calma desesperada que hace veces de resignación en los corazones cruelmente lacerados, mal puede convenir á la señora Barilli, cuya voz se pierde casi siempre en el *mezzo forte* de la orquesta por su extrema debilidad, por su escasa *tessitura*, y por la mala vocalización de la artista: voz delgada ciertamente, y tan delgada que ca-

rece de cuerpo, motivo porque siempre se oira desde las lunetas, ahogada, aun cuando pronuncie el *Fá* de la quinta raya del pentágono, si lo pronuncia aislado, esto es, en un compas entero de silencio para la orquesta. Si la señora Barilli intenta ascender al *La bemol*, en vez de un grito, produce un chillido. Estas son las facultades de la actual Soprano del Circo, facultades que todos pudieron apreciar debidamente en la noche del martes.

Cantó desafinadamente el recitado de su cavatina de salida, hasta las palabras *un mio pensier* inclusive, llamada al fin de ellas por la orquesta entró por último en la regular entonación: ni un aplauso correspondió á la hermosa Cavaleta; *Ah! contra lui mi parlano*, de tan sentida pieza.

Sin que al público se le haya dado la menor excusa se suprimió en dicha noche el *duetto de Soprano* y tenor del primer acto: hizo muy bien la señora Barilli en no cantarlo, si lo había de cantar como la primera noche: el señor Sinico debe estarle agradecido, porque las palabras *Viva la mia memoria* &c. se hubieran unido muy mal con las *Parto, la tua memoria* &c. y ademas de esto, demasiado en la memoria las tenemos todos. En el *Cuarteto y quinteto* final de dicho primer acto hizo alarde la señora Barilli de las facultades que en ella he reconocido y muy particularmente en sus notas agudas.

Los espectadores, la orquesta y el maestro director Carnicer, fijaron su atención en la señora Barilli durante la *preghiera Dio clemente*; *ah! mi perdona* del acto tercero: la señora Barilli oyó mal sin duda la entrada de la orquesta y cantó toda la plegaria con una diferencia de mas de medio punto: algunos chicheos se hicieron escuchar cuando acabó, chicheos que yo pedía al cielo no pasasen adelante, pues me figuro que la señora Barilli debió padecer lo suficiente por la indiferencia del público hácia una de las mas bellas inspiraciones de Donizetti: en efecto, no pasaron adelante los chicheos.

¿Que diré del duo final de *Elena y Marino*? Que *Marino* lo sostuvo y que *Elena* aunque echó el resto en las palabras *Giusto Dio, á lui tu dona* &c. no alcanzó uno solo de los muchos aplausos que con fecha de Madrid le prodiga el periódico de Milan. El público sabe que no miento.

El tenor Sinico que posee una voz *vibrata*, una voz de arranque, una voz al mismo tiempo tierna, y un falsete claro y dulce, debe hallarse como en su centro en la parte de *Fernando*. La *Aria* de salida *De un sfortunato amore*, la *Barcarola* del segundo acto *Or che in cielo alta é la notte*, su magnífica aria del mismo *Io ti veggio, or vegli e tremi*, y las entre cortadas frases *Io vendicarti!.... Steno.... Mi ha morto.... Ahimé* &c. afirman al señor Sinico en el puesto que ha sabido conquistar en Madrid con la parte de la *Lucia*, confiada á su buena ejecución.

El señor Olivieri, considerado como barítono en su parte de *Israele*, tendría para mi disculpa por la *pura complacencia* con que se presta á los deseos muy poco artísticos de la empresa del Circo, si yo pudiera admitir disculpas de esta clase: así, pues, con sentimiento se lo digo: su *pura complacencia* le salvará para con la empresa, mas no para con el público que le escucha en las tablas ni para con los periódicos que le critican.

El señor Olivieri tiene voz alta de tenor de la mas mala calidad; pero dejando aparte la ma-

la calidad reconocida por todos, el resultado es que su voz pica chillona y rajada en los puntos altos: concedido esto, claramente se deduce, que para nuestros oídos indica dicho tenor una octava mas alta todos los trozos cantables de la parte de *Israele*, que es parte de un verdadero barítono: en cuanto á las notas bajas de este, es cosa precisa que se hayan sustituido con otras, á fin de que pueda herirlas el señor Olivieri; y esto lo digo creyendo de buena fé que no se ha bajado de punto ninguna de las piezas de *Marino Faliero*.

¿Qué es, pues, lo que ha resultado con esta ópera por la *pura complacencia* del señor Olivieri? Que *Marino Faliero* no se ha ejecutado segun lo escribió Donizetti, ó que Donizetti no escribió mucho de lo que en *Marino Faliero* se ha ejecutado. Y como yo preveía esto mismo cuando supe que se estaba ensayando, y que el señor Olivieri se encargaba de la parte de *Israele* por *pura complacencia*, dije redondamente que la ópera saldría mal, como ha salido, y aconsejé á la empresa del Circo que se abstuviese por ahora del *Marino*, del mismo modo que hoy le aconsejo que por ahora se abstenga de *El Pirata*.

Escrito lo anterior, me creo dispensado de enumerar las piezas en que el señor Olivieri ha cantado, supuesto que no puedo calificarlas, pues no las he comprendido en su garganta.

Asi como el periódico de Milan tiene razon cuando dice que el tenor Sinico *posee el aprecio del público madrileño*, asi tambien la tiene cuando asienta que *Anconi con su hermosa voz de verdadero bajo, sostuvo perfectamente la parte de Marino*. En efecto, de verdadero bajo es la voz del señor Anconi, voz melancólica, fuerte á la vez y sonora, que marca con notable limpieza y claridad el *Sol* de la primera raya y puede bajar hasta el *Mi bemol*. La parte de *Marino* está por lo mismo en la justa estension de la voz del señor Anconi, y no temo asegurar que solos él y el señor Sinico han sido los puntales en que ha descansado todo el peso de la ópera, llevando la ventaja el bajo Anconi por el trabajo mas largo y continuado de su parte.

Dijo el precioso duo *Se pur giungi á trucidarlo* con todo el aplomo, con toda la desesperada de un Dux de Venecia, ofendido, que busca un apoyo para vengarse. La cabaleta *Trema ó Steno, tremate superbi* mereció justos aplausos, á pesar que el señor Anconi se encontró solo en ella, gracias al desagradable contraste con que el tenor barítono Olivieri, entonó la segunda estrofa; *Deh! s'affretti l'istante bramato*, y de una mala entrada de la orquesta.

Esta estuvo poco igual en varias piezas y los cantantes no tuvieron motivos de mostrarse muy agradecidos con ella.

He dado fin á mi poco gustosa tarea en cuanto al *Marino Faliero*: creo haber dicho la verdad de unos y de otros. Solo una advertencia me resta por esponer y se reduce á decir, que no pudiendo la señora Barilli y el señor Olivieri probar ante el público de Madrid que saben cantar, tienen al menos el placer de que *El Pirata* de Milan suba su mérito hasta las nubes: esto siempre aprovecha, pues si no se obtienen triunfos en la capital de España, se puede tal vez conseguir una escritura para un teatro de primer orden de Italia.

No será esta la primera vez que la fama de un artista haya engañado las esperanzas de un pueblo.

ABEN-ZAIDE.

TEATROS.

CRUZ.

A las cuatro y media de la tarde.
Última representación de

EL CONVIVADO DE PIEDRA,

muy acreditada comedia en cinco actos.
Intermedio de baile.
Dando fin con un divertido sainete.

A las ocho de la noche.

EDIPO,

muy acreditada tragedia en cinco actos,
original de D. Francisco Martinez de la Rosa, que será exornada con todo el gran aparato teatral que su argumento exige.

PERSONAJES. ACTORES.

Yocasta Sras. Lamadrid.

Edipo Sres. Latorre.
Sacerdote Lumberas.
Hiparco Pizarroso.
Forbas Lopez.
Mensajero Sanchez.

PRINCIPE.

A las cuatro y media de la tarde.
El muy acreditado drama en tres actos y en verso, original de D. Antonio Gil y Zárate, titulado

CECILIA LA CIEGUECITA.

Intermedio de baile nacional.
Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

A las ocho de la noche.

Se pondrá en escena la comedia nueva

original, en tres actos y en verso, debida á la pluma de uno de nuestros primeros literatos, titulada

UN NOVIO A PEDIR DE BOCA.

PERSONAJES. ACTORES.

Luisa Sras. Diez.
Marcelina Llorente.
Celestino Sres. Romea (D. J.)
D. Diego Romea (D. F.)
D. Miguel Sobrado.
D. Jorge Guzman (D. A.)
Antonio Fern. (D. M.)

Intermedio de baile nacional.
Terminará el espectáculo con el aplaudido sainete, estrenado en el último beneficio, y cuyo titulo es

La familia del tio Melero.

Cuyos principales papeles están á cargo

de los señores Cubas y Fernandez (don Mariano).

CIRCO.

A las siete y media de la noche.
Se repetirá el gran baile mitológico de aparato y espectáculo en cuatro actos, dividido el último en dos cuadros, titulado:

LOS TITANES

ó sea

LAS CUATRO EDADES DEL MUNDO.

compuesto por el director coreógrafo don Federico Massini.

MADRID: IMPRENTA DE BOIX.